

GULLIVER

EN EL PAÍS DE LOS

ENANOS



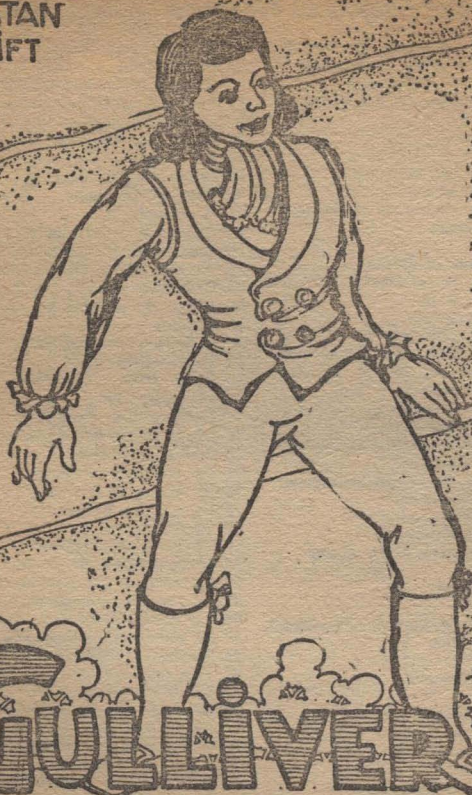


00163292



Aborita

JONATAN
SWIFT



GULLIVER

EN EL

PAÍS DE LOS ENANOS

EDITORIAL TOR

Soc. de Resp. Lda. - Capital \$ 2.000.000

Río de Janeiro 760

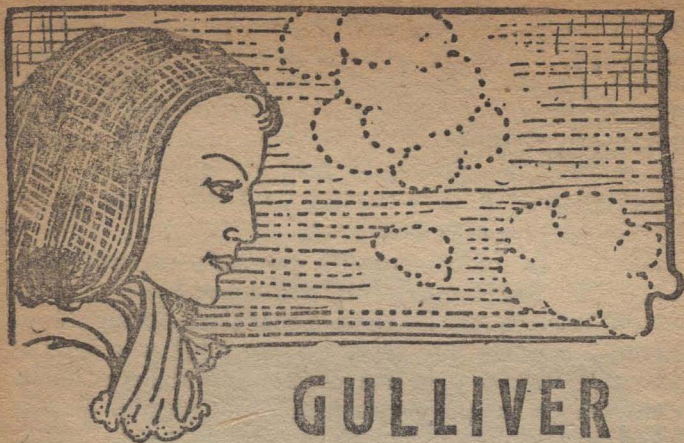
— Buenos Aires

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de títeres
- 2 Blancanieves y los 7 enanitos
- 3 Los príncipes encantados
- 4 La Bella durmiente del bosque
- 5 Juanfuerte
- 6 Piel de asno
- 7 La princesa y el erizo
- 8 Ali Babá y los 40 ladrones
- 9 La inocente mensajera
- 10 Pinocho en campo de milagros
- 11 El pájaro verde
- 12 Pulgarcito
- 13 Los maestros cantores
- 14 El rey del río de Oro
- 15 Caperucita Roja
- 16 Las tres princesas
- 17 El triunfo del zorro
- 18 Pinocho en la isla de las abejas
- 19 La princesa pícarona
- 20 Simbad el marino
- 21 Canción de Navidad
- 22 Un viaje maravilloso
- 23 El niño que se volvió hormiga
- 24 El enano Zacarías
- 25 Pinocho en gruta del monstruo
- 26 El legado del moro
- 27 El gato con botas
- 28 El hada de Granville
- 29 De los Apeninos a los Andes
- 30 Meñique
- 31 El rey Cuervo
- 32 Almendrita
- 33 Pinocho en el país de las canchales
- 34 El niño perdido
- 35 Robin Hood
- 36 La isla encantada
- 37 Pif Paf
- 38 La carga liviana
- 39 La alfombra mágica
- 40 El pájaro que reía
- 41 La Cenicienta
- 42 Aventuras del rey Beder
- 43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego
- 44 Pinocho en el fondo del mar
- 45 Gulliver en el país de enanos
- 46 La bella Dorigen
- 47 Las salamandras azules
- 48 Los zuecos maravillosos
- 49 Las tres hermanas
- 50 Fábulas de Iriarte
- 51 El niño raptado
- 52 Berba Azul
- 53 Tanino el hormiguerino
- 54 Gulliver en el país de gigantes
- 55 El tejedor de Segovia
- 56 El príncipe Cododac
- 57 La amigueta de los pájaros
- 58 La señorita Scuderi
- 59 Fábulas de Esopo
- 60 Constanza
- 61 Nicolás y Nicolesin
- 62 Los rosales de la reina
- 63 El enfermero del Chacho
- 64 Grisélidis
- 65 Alicia en el país de maravillas
- 66 Aladino
- 67 Genoveva de Brabante
- 68 La Sirenita
- 69 Peter Pan
- 70 El patito feo
- 71 Hombre que vendió su nombre
- 72 Los tres pelos del diablo
- 73 Hansel y Gretel
- 74 La flor del pantano
- 75 El buque fantasma
- 76 La cámara del tesoro
- 77 La desobediencia
- 78 El tarro de aceitunas
- 79 El mensajero de la corona
- 80 La camisa del hombre feo
- 81 La verdad sospechosa
- 82 La graciosa Emelia
- 83 El muchacho afortunado
- 84 La novia elegida
- 85 Las dos estatuas
- 86 La botella encantada
- 87 El mercader de Venecia
- 88 La obligación
- 89 El favorito ingenioso
- 90 Los dos ruiseñores
- 91 El ladrón de Bagdad
- 92 El tambor del regimiento
- 93 El pájaro de oro
- 94 El barbero silencioso
- 95 Las tres perlas
- 96 Gulliver en países maravillosos
- 97 El príncipe impostor
- 98 El rey en busca de novia
- 99 El soldadito de plomo
- 100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



GULLIVER EN EL PAIS DE LOS ENANOS

I

Llegada al país de Liliput



CERTANDO una ventajosa oferta, me embarqué en el "Antelope", en calidad de cirujano, hacia los mares del sur. Salimos del puerto de Bristol en una hermosa mañana del día 4 de mayo de 1699.

Cuando íbamos rumbo a las Indias Orientales, una espantosa tempestad nos arrojó fuera de la ruta. Doce de los tripulantes habían muerto a consecuencia del excesivo trabajo y la alimentación deficiente. El 5 de noviembre o sea a principios del verano en aquel país, des-

cebrimos una roca próxima contra la que no tardamos en encallar. Cinco hombres de la tripulación y yo nos metimos sin pérdida de tiempo en una chalupa, logrando así salvarnos del naufragio. Pero después de hacer tres leguas a fuerza de remo y no pudiendo más de cansancio, nos abandonamos a la voluntad de Dios, y un golpe de viento nos hizo zozobrar.

Ignoro la suerte corrida por mis compañeros. Creo que todos murieron, así como los que buscaron refugio en la roca o permanecieron en el barco. Lo único que sé es que yo nadé a la ventura, y el viento y la marea me impulsaron hacia una isla en la que no vi casi señal alguna de habitante. Después de caminar un cuarto de legua, el sueño me rindió.

Al cabo de nueve horas de dormir profundamente sobre el pasto, me desperté, y al intentar levantarme, no lo conseguí: estaba atado contra el suelo por los cuatro extremos. El fuerte resplandor del sol me hería la vista y la posición en que me hallaba no me permitía observar lo que ocurría a mi alrededor. Percibía un murmullo confuso y sentí que algo se movía sobre mi pierna izquierda, que se adelantaba hacia el pecho y subía hasta cerca de la barba. Grande fué mi asombro cuando vi una criatura humana de apenas seis pulgadas y armada con arcos y flechas. Seguían a este diminuto personaje otros cuarenta de la misma especie. Al verlos me puse a gritar, y ellos, atemorizados, huyeron, recibiendo algunos un golpe mortal al arrojarse de mi cuerpo al suelo. No tardaron en volver, y uno de ellos, levantando las manos y los ojos con gesto admirativo, exclamó:



Pude romper las ligaduras de mi brazo.

“Hequinad Degul”. Los demás repitieron varias veces esas dos palabras.

En eso pude romper las ligaduras de mi brazo derecho, que habían sujetado a una estaca. Apenas los enanitos lo advirtieron, huyeron chillando destempladamente.

Comprendiendo que lo más sensato era permanecer quieto, así lo hice, con la esperanza de librarme de las ligaduras durante la noche.

Al notar que no me movía, cesaron de atacarme, pero advertí por el murmullo, que aumentaba su número extraordinariamente, y al volver un poco la cabeza, vi que habían construido un tablado de pie y medio de alto, capaz de sostener a cuatro de aquellos hombres y con su escalera para subir a él. Uno de ellos, que parecía ser todo un personaje, se ubicó allí y pronunció un discurso antes del cual exclamó tres veces: “Langro Dehul San”, cuyo significado explicó también por señas para que yo lo entendiese. Cincuenta hombres se me aproximaron y cortaron las ligaduras que sujetaban el lado izquierdo de mi cabeza, para que pudiera volverla hacia la derecha y observara bien los ademanes del orador. Me pareció que en su discurso mezclaba amenazas y promesas. Mi respuesta se redujo a una breve serie de demostraciones de sumisión. También le di a entender que tenía hambre. El hombre me comprendió, pues bajando del tablado, ordenó que rodearan mi cuerpo de escaleras y subieron por ellas más de cien hombres cargados de canastos de carne, y se dirigieron a mi boca. La carne era de diversos animales, que mi paladar no alcanzaba a distinguir. Hice señas de que tenía sed. Inmediatamente levantaron un barril de vino de los mayores que

poseían y lo llevaron rodando hasta el alcance de mi mano. Una vez que lo hubieron destapado, lo bebí de un trago con verdadero deleite. Me trajeron otro, y también lo terminé, y tuve que hacer señas para que comprendieran que necesitaba más barriles.

Ante mi apetito, prorrumpieron en una alegre bulla y empezaron a bailar, repitiendo muchas voces: "Hequinad Degul". Me untaron cara y manos con una pomada aromática que en breve tiempo me quitó la picazón producida por las flechas. Esto, junto con las emociones y el vino que había tomado, me provocó un profundo sueño que me



Pronunció un discurso...

duró cerca de ocho horas. Después supe que los médicos, por orden del emperador, habían echado al vino, como medida de precaución, varias drogas soporíferas.

El soberano de Liliput, que tal era el nombre del país donde me hallaba, dispuso que mientras dormía me llevasen a la corte.

Luego, con mil quinientos caballos de los más grandes, cada uno de los cuales tenía cerca de cuatro pulgadas y media de alto, me llevaron a la capital, que estaba a un cuarto de legua.

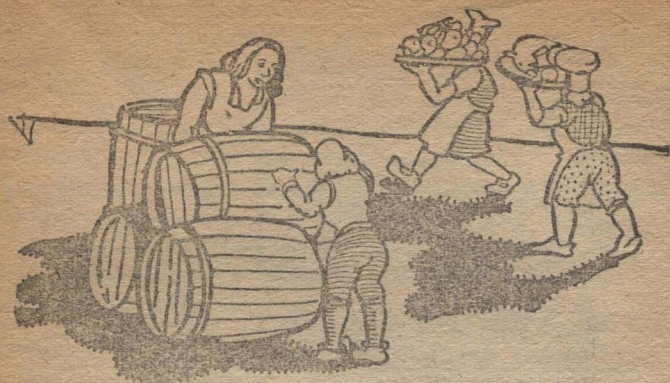
A las cuatro horas de marcha me desperté por casualidad. Se habían detenido los carreros a componer no sé qué desperfecto, cuando dos o tres curiosos que deseaban examinar mi cara, se me aproximaron con cuidado. Uno de ellos, que era capitán de la guardia, había puesto la fina punta de su espada tan cerca de la ventana izquierda de mi nariz, que llegó a hacerme cosquillas y desperté estornudando.

Durante el resto del día recorrimos el camino sin inconvenientes, y al entrar la noche acampamos, quedando quinientos centinelas, la mitad con antorchas encendidas y la otra mitad armados de arcos y flechas. Al día siguiente, al salir el sol, reanudamos la marcha y a eso del mediodía estábamos cerca de las puertas de la ciudad.

El emperador salió a verme con toda su corte, pero sus generales no quisieron que se expusiera subiendo sobre mi cuerpo.

Frente al templo que me servía de morada, al otro lado del camino y a unos veinte pies de distancia, había una torre de unos cinco pies de altura. Allí debía subir el emperador para verme con toda comodidad y sin riesgo

Prepararon mi comida..



Pasaban de cien mil los habitantes que salieron de la ciudad para verme, y no menos de diez mil hombres hubieran subido sobre mi cuerpo, con escaleras, si un bando no lo hubiese prohibido.

Cuando me puse en pie y di dos o tres pasos, el asombro del pueblo fué indescriptible. Conseguí este alivio gracias a las nuevas ligaduras que, teniendo casi seis pies de largo, me permitían caminar describiendo un semicírculo.

II

La visita del emperador

El emperador salió un día a caballo, dispuesto a visitarme. Echó pie a tierra y me estuvo observando por todos lados.

La emperatriz, los príncipes y damas de la corte, se sentaron en unos divanes a prudente distancia. El soberano era más corpulento que los

otros personajes, y sus facciones eran toscas; su labio, gruesos; su nariz, aguileña, y su color aceitunado. Sin embargo, era elegante y bien proporcionado. Ya había dejado de ser joven, pues contaba cerca de veintinueve años, estando en el séptimo de su reinado. Para poderlo mirar cómodamente, me acostaba de lado de modo que mi cara viniera a quedar paralela a la suya. Transcurrido algún tiempo, lo tuve varias veces en la palma de la mano. Su traje era sencillo y de un mismo color; la mitad a lo asiático y la otra mitad a lo europeo. En la cabeza llevaba un casco de oro adornado con piedras preciosas y un magnífico penacho. En la diestra empuñaba una espada desenvainada en actitud de defensa, por si llegaba yo a romper las ligaduras. Esta arma era de tres pulgadas de largo y tenía empuñadura y vaina de oro y diamantes. Su voz era ronca, pero clara.

Las damas y demás cortesanos estaban todos muy bien vestidos.

El emperador me honraba con su conversación, pero no nos entendíamos.

Transcurridas dos horas, se retiró la corte, dejándome una nutrida guardia para evitar que el populacho me molestara.

El soberano celebró varias reuniones de consejo para decidir lo que deberían hacer conmigo. Temían que algún día rompiese mis ligaduras. También les preocupaba mi apetito, comprendiendo que llegaría a dejar al reino sin víveres. Convinieron en que era necesario matarme de hambre o con flechas envenenadas, pero también hallaron otros inconvenientes. Estando en una de estas discusiones recibió el consejo la información de la generosa acción que yo había ejecutado con

*Durante la manioora
yo dormía profunda-
mente.*



los malandrines. El relato causó impresión tan favorable en el ánimo del soberano y sus consejeros que se expidió un decreto obligando a todas las aldeas de los alrededores a proveer cada mañana seis vacas, cuarenta ovejas y otros víveres indispensables para mi alimentación, y la cantidad necesaria de pan, vino y demás bebidas. Destinaron también para mi asistencia seiscientos individuos y decretaron que trescientos sastres me confeccionaran un traje a la moda del país, y que seis profesores me instruyeran en su idioma.

Yo aprendí rápidamente el idioma de Liliput y el emperador no solamente me honraba con asiduas visitas, sino que algunas veces ayudaba a mis maestros.

Las primeras palabras que aprendí fueron las necesarias para pedir mi libertad, y, aunque todos los días se las repetía al soberano puesto de rodillas, me respondía que tuviera paciencia, pues no podía resolver un asunto tan importante sin consultar a sus consejeros. Me previno que no tomase a mal si ordenaba a dos oficiales que me registraran, pues temía que pudiera llevar conmigo armas ofensivas que resultaran perjudiciales para la seguridad del reino. Le contesté que no tenía inconveniente, y vinieron dos funcionarios encargados

de la misión, a quienes yo mismo introduje en un bolsillo de la casaca y sucesivamente en todos los demás.

Inmediatamente estos oficiales hicieron un inventario que decía así:

“En el bolsillo derecho de la casaca del “Gran Hombre Montaña” (así me llamaban) hemos hallado un retazo de género ordinario (el pañuelo) que puede servir de alfombra en el salón del trono de vuestra majestad. En el bolsillo izquierdo hemos encontrado un cofre de plata (la caja de rapé), muy grande, con tapa del mismo metal, la cual no pudimos levantar. Rogamos al “Gran Hombre Montaña” que la abriese, y habiendo entrado en su interior uno de nosotros, se encontró hundido en polvo hasta las rodillas y no dejó de estornudar en dos horas. En el bolsillo derecho de su chupa encontramos un paquete de substancias blancas y delgadas, (libro de memorias), dobladas unas sobre otras y del tamaño de tres hombres, con unas figuras negras que nos hacen suponer se trata de escrituras. En el izquierdo había una gran máquina plana (el peine), provista de unos peines gruesos y muy largos semejantes a las verjas de los jardines de vuestra majestad. En el bolsillo grande del lado derecho de su calzón vimos un gran pilar de hierro (la pistola), hueco, unido a una gruesa pieza de madera que tenía al lado diversas piezas también de hierro trabajadas en relieve y terminaban con un guijarro cortado en declive. No supimos lo que era esto. En el bolsillo compañero de éste había otra máquina de la misma clase. En el bolsillo chico del lado derecho encontramos varias piezas redondas y chatas de

Salió un día a caballo



metal rojo y blanco, de diferentes tamaños (monedas). Algunas de las blancas, que nos parecieron de plata, eran tan pesadas que entre los dos, apenas podíamos levantarlas. También había dos alfanjes en el bolsillo, muy afilados (el cortaplumas) cuya hoja se doblaba sobre un canal de la empuñadura. Registramos finalmente dos bolsillos cuya abertura era muy estrecha debido al vientre que la oprimía. Por fuera del de la derecha colgaba una enorme cadena de plata en cuyo extremo interior había una máquina prodigiosa (el reloj). Aplicando el oído a dicha máquina oímos un ruido continuo, semejante al de nuestros molinos de agua. Juzgamos que se trata de un animal desconocido o de la deidad que él adora,

más bien esto último, pues nos aseguró el "Gran Hombre Montaña" que rara vez hacía nada sin consultarlo primero. Del otro bolsillo sacó una red (monedero) capaz de poder servir a un pescador y dentro de la cual había diferentes piezas macizas de un metal amarillo que si se trata de verdadero oro, su valor será inestimable".

Leído este inventario en presencia del emperador, me ordenó cortésmente que le hiciera entrega de todos los objetos. Al darle mis pistolas, como deseara saber cuál era su uso, se lo expliqué como pude. Previéndole que no debía asustarse, las cargué con pólvora sola y las disparé al aire. La sorpresa fué extraordinaria. Todos cayeron de espaldas como fulminados por un rayo.

III

La corte de Liliput se divierte

Deseando el emperador divertirse conmigo, dió orden para que se pusieran sobre las armas todas las tropas de la capital y sus alrededores. Me mandó poner de pie con las piernas abiertas, y ordenó a su general que formase el ejército en columna de veinticuatro en fondo en la infantería y dieciséis en la caballería, y que así desfilasen marchando entre mis piernas con las armas al hombro y a tambor batiente. Se trataba de un ejército de tres mil infantes y mil jinetes.

Eran tantas las solicitudes que había presentando pidiendo mi libertad, que al fin fué resuelta favorablemente mi demanda sin más oposición que



Me guardé los cinco en el bolsillo.

ta del ministro Bolgolam, quien, sin razón alguna, se declaró mi enemigo. Se trataba del almirante mayor que, aunque por su habilidad en el manejo de los asuntos públicos, se había granjeado la confianza del soberano, era de un espíritu áspero y caprichoso. Pudo conseguir que se le encargara la redacción del decreto por el que se me concedía la libertad.

IV

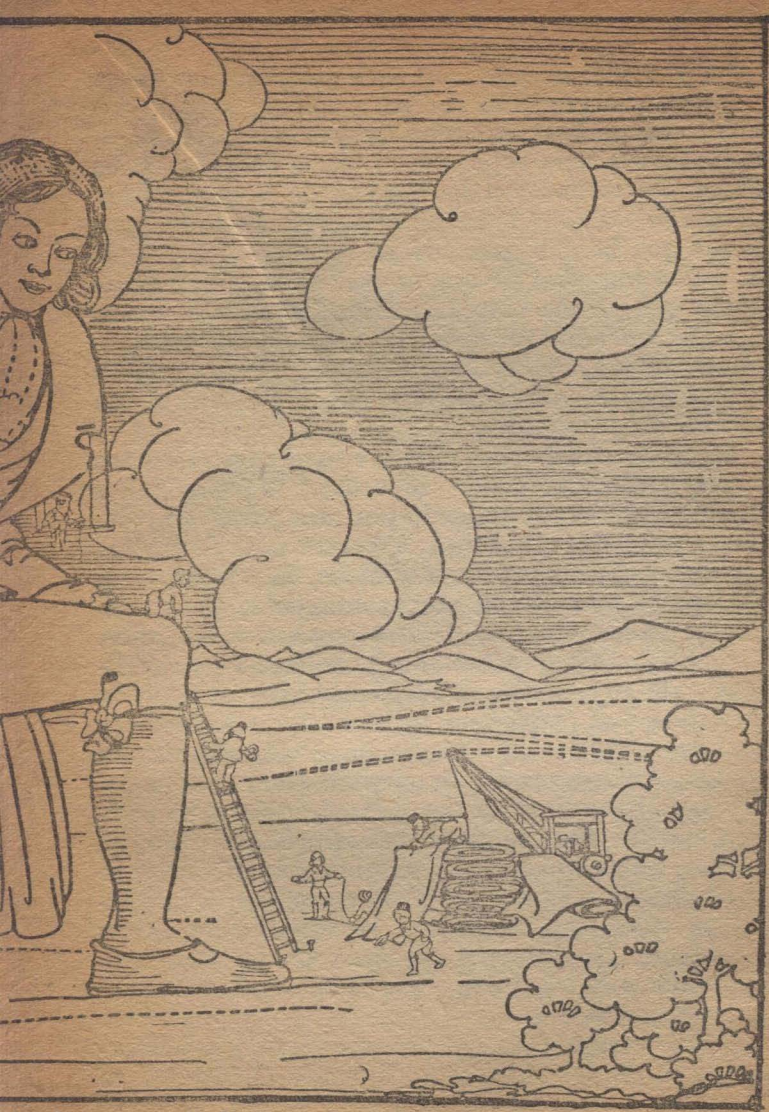
Gulliver se ofrece para servir en la guerra

Apenas obtuve mi libertad, solicité permiso para visitar Mildendo, la capital del imperio. El emperador me lo concedió, recomendándome que no hiciera daño alguno a sus habitantes ni a sus casas. Se publicó un bando dando cuenta de mi deseo.

La muralla que defendía a la ciudad tenía dos



Trescientos sastres



afecionaron un traje

pies y medio de altura y once pulgadas de ancho. Entrando por una de las puertas, recorrí las dos calles principales muy despacio, y siempre de costado, sin más ropa que el jubón corto para no dañar los techos con los bordes de la chupa. Andaba con cuidado de no pisar a algunas de las personas que habían quedado en la calle, a pesar de la orden imperial de que se metiesen en sus casas hasta que yo me marchase. Los balcones y ventanas de los edificios estaban repletos de espectadores. Hasta en los tejados había gente, ansiosa de verme, de donde deduje que aquélla era una capital muy populosa.

El palacio del emperador, situado en el centro de la población, donde se cruzan las dos calles principales, estaba rodeado por una pared de veintitrés pulgadas de altura, a veinte pies de distancia del edificio propiamente dicho. El soberano me dejó pasar una pierna por encima de la pared, para que pudiera ver su palacio por todos los lados.

Como quería que también admirase la magnificencia de su palacio, resolví complacer al cabo de tres días que empleé en talar algunos de los más grandes árboles del parque imperial, que estaba en los alrededores de la ciudad. Con ellos construí tres banquitos de tres pies de altura, lo suficientemente fuertes para resistir el peso de mi cuerpo. Se volvió a publicar el bando advirtiendo al pueblo de mi próxima presencia, tomé mis banquitos y volví a atravesar la calle hasta llegar al palacio. La augusta esposa del soberano tuvo la gentileza de sonreírme y darme a besar su mano por la ventana.

A los quince días de haber obtenido mi libertad, uno de los ministros, llamado Reldresal, se



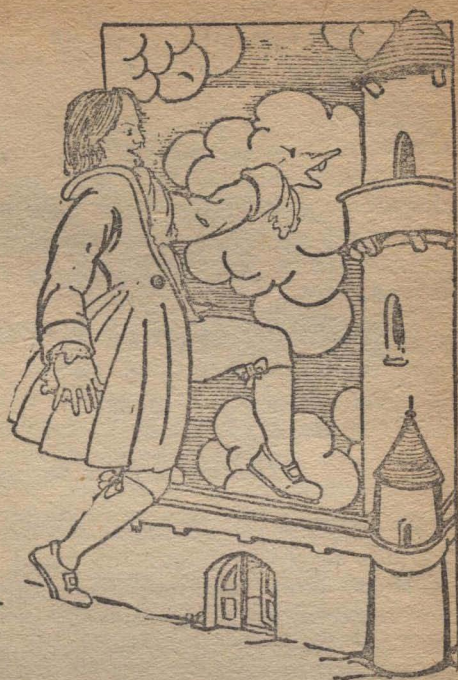
*Estos oficiales hicieron
el inventario*

presentó en mi morada con un solo sirviente, habiendo dejado su carruaje a cierta distancia. Me solicitó una entrevista íntima de una hora, pedido al que correspondí. Como debía hablarme al oído, para que pudiera estar a su nivel, le propuse acostarme en el suelo, pero prefirió que lo tuviera en la palma de la mano.

Después de felicitar me por la libertad que había obtenido, me dijo que no la habría logrado tan pronto, si no hubiera mediado cierto interés.

—Por floreciente que parezca nuestro país — siguió diciendo—, no lo es tanto que no tenemos que combatir a dos poderosos enemigos: una fuerte liga en el interior y un estado vecino que nos amenaza con la invasión. Respecto al primer enemigo, debéis saber que desde hace más de setenta lunas existen dos partidos opuestos en el imperio. Su animosidad ha llegado a tal extremo que no comen ni beben juntos, ni se hablan, ni se saludan. Los opositores al gobierno ex-

ceden en número a los que nos acompañan, y aunque la autoridad está en nuestras manos, sospechamos que el heredero de la corona tiene cierta inclinación hacia nuestros contrarios. En cuanto a la invasión que nos amenaza, es la de la isla de Blefuscu, que es el otro gran imperio del universo, casi tan extenso y poderoso como éste; pues, aunque pretendáis hacernos creer que hay otros estados en el mundo, habitados por seres humanos tan gigantescos como vos, nuestros filósofos lo ponen en duda, creyendo más bien que venís de la Luna o de algún otro astro. Además, nuestros historiadores de seis mil lunas a esta parte no mencionan otros países que los dos grandes imperios de Liliput y Blefuscu. Pues bien, estas dos formidables potencias hace treinta y seis lunas que se encuentran empeñadas en una lucha feroz. La razón es la siguiente: Nadie discute que el primitivo modo de cascar un huevo para comerlo es por el extremo más chato, pero el abuelo del actual emperador, cuando era joven, al cascar un huevo tuvo la desgracia de cortarse un dedo, por lo cual su padre dió un decreto imponiendo graves penas a los súbditos que no cascasen los huevos por la punta. Tanto le irritó al pueblo esta ley, que, según nuestros historiadores, hubo seis revoluciones en una de las cuales el emperador perdió la vida. Estas rebeliones fueron fomentadas siempre por los reyes de Blefuscu, y cuando fueron definitivamente dominadas, los sediciosos se refugiaron en aquel imperio. El número de éstos se calcula en once mil. Durante este período de sucesivas perturbaciones, los emperadores de Blefuscu nos acusaron de haber violado un fundamental precepto de nuestro profeta Lustrogg. Los exilados encon-



*Me dejó pasar
una pierna*

traron tan buena acogida en el país vecino y tanta ayuda por parte de sus correligionarios residentes en el nuestro, que, sin otra razón, se ha entab'ado una cruenta guerra entre los dos imperios por espacio de treinta y seis lunas, con éxito vario. Levamos ya perdidos cuarenta navíos de línea y mayor cantidad de pequeños barcos, con treinta mil de nuestros mejores marinos y soldados. Según dicen, las bajas del enemigo no han sido menores. Sin embargo, los de Blefuscu están actualmente armando una escuadra formidable con el propósi-

to de desembarcar tropas en nuestras costas. De ahí el interés que primó al decretar vuestra libertad.

Aquí terminó de hablar el ministro en tono confidencial. Yo le contesté agradeciendo las atenciones del emperador y expresándole que estaba dispuesto a sacrificar mi vida en defensa de su persona y de su imperio contra las invasiones del extranjero y las rebeliones de sus enemigos políticos.

El mensajero se retiró muy satisfecho con mi respuesta.

V

Gulliver entra en acción

El imperio de Blefuscu comprende una isla separada de Liliput por un canal. Yo no lo había visto y, como estaba informado del proyectado desembarco, no había querido arrimarme a la costa para que algún barco enemigo no me descubriese.

Informé al emperador que tenía un proyecto para adueñarme de toda la armada enemiga, que, según informes obtenidos, estaba lista para zarpar del puerto al primer viento favorable. Pregunté a los entendidos sobre la profundidad del canal y me enteré que tenía seis pies escasos como máximo. Me acerqué con precaución a la costa que daba frente a Blefuscu, me acosté detrás de una colina, me puse los anteojos y pude ver la escuadra enemiga, que formaban cincuenta barcos de guerra y otros muchos mercantes.

Volví a la costa frente a Blefuscu, y, sacándome



Empecé a nadar...

la chupa, las medias y los zapatos, me metí en el canal. Empecé a nadar lo más rápido que pude hasta que conseguí hacer pie. No había transcurrido media hora cuando ya estaba junto a la flota enemiga. Al verme los tripulantes, fué tal el terror que sintieron que, saltando fuera de los barcos, como un enjambre de ranas, huyeron tierra adentro.

Calculo que serían unos treinta mil hombres. Entonces, echando mano de los cables que había llevado conmigo, fuí enganchando todos los barcos, uno por uno, en los garfios, por el boquete de la proa. Mientras duró esta operación, los enemigos me hicieron una descarga de tantos miles de flechas que, hiriéndome muchas en la cara y en las manos, no sólo me causaron un dolor intenso, sino que me impedían trabajar. Puse especial cuidado en resguardar la vista, que infaliblemente habría perdido, a no ser por los anteojos, de los que no me había desprendido. Una vez que hube colocado bien los ganchos, empecé a tirar, pero en vano, pues todos los navíos estaban anclados. Corté sus cables con un cuchillo, y sin mayor incon-

veniente me llevé a remolque cincuenta barcos de los más importantes.

No dejé de andar con los pies metidos en el canal hasta que me vi lejos del alcance de las flechas del enemigo. Entonces me detuve para arrancarme las que se me habían quedado clavadas en la cara y en las manos. Inmediatamente continué con mi presa rumbo al puerto imperial de Liliput.

Apenas llegué, el soberano me colmó de alabanzas y me nombró nardac, que es el título más elevado entre los liliputienses. Al mismo tiempo me rogó que tomase las medidas necesarias para traer a sus puertos los demás navíos del enemigo. Tan grande era su ambición, que pretendía hacerse dueño de todo el imperio de Blefuscu para convertirlo en provincia del suyo, poniendo en él un virrey. Le disuadí de ese propósito y le aseguré que yo no sería nunca un instrumento para quitarle la libertad a un pueblo franco, noble y valeroso. Cuando se trató este asunto en el Consejo, la parte más sana de éste estuvo de mi parte. Pero mi franca declaración se oponía tanto a la política del emperador que no podía perdonármela.

Transcurridas tres semanas de mi brillante expedición, llegó a Liliput una embajada de Blefuscu, trayendo propuestas de paz. Se hizo un tratado con muy ventajosas condiciones para nuestro imperio. La embajada estaba integrada por seis personajes que traían una comitiva de quinientas personas.

Concluido el tratado, e informados secretamente los embajadores sobre mi mediación para que el emperador no extremara las medidas, me hicieron una visita de ceremonia. Elogiaron mi valor y mi generosidad y me invitaron, en nombre de su



Llegó a Lliput una embajada

soberano, a pasar a su reino, si me gustaba. Les di las gracias y les prometí una visita de cumplido.

Días dēspuēs solicitē permiso al emperador para trasladarme a Blefescu a cumplimentar al rey vecino, y me contestó con frialdad que no tenía inconveniente.

VI

La huída a Blefescu

Yo estaba poco acostumbrado a la vida cortesana, pues la humildad de mi origen me había alejado tanto de las disposiciones necesarias para ser un hábil hombre de corte, que carecía de los más elementales principios. Esto dió lugar a que se formara una intriga secreta contra mí.

Cuando me disponía a partir para el imperio de Blefescu, un alto personaje que me debía im-

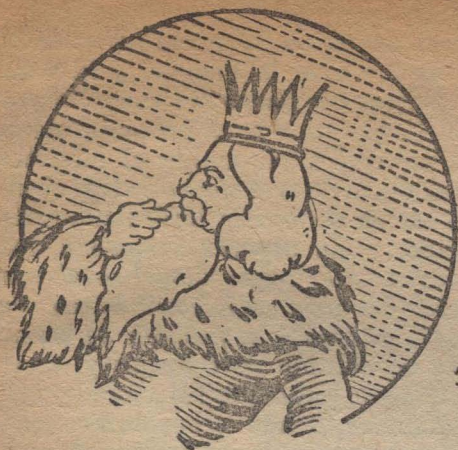
portantes servicios, vino a visitarme en secreta ya entrada la noche, y sin hacerse anunciar, se introdujo hasta mi cuarto en su silla de manos.

Cambiados los cumplidos de práctica, y notando que estaba triste e intranquilo, le pregunté la razón y me contestó que le escuchara atentamente, pues se trataba de algo que interesaba a mi vida y a mi honor.

—Vengo a comunicaros —me dijo—, que de un tiempo a esta parte se celebran reuniones secretas para discutir vuestra conducta, y que hace dos días el emperador ha adoptado una gran resolución. No ignoráis que Bolgolam, el gran almirante, ha sido vuestro enemigo desde el día que llegasteis. No sé cuál es la causa de esa enemistad, pero su odio hacia vos se ha extremado después de vuestra expedición a Blefuscu. Como jefe de nuestra armada, está envidioso de vuestra feliz empresa. De acuerdo con el tesorero del imperio, el jefe del ejército y el juez mayor, ha redactado varios artículos para formaros proceso como reo de lesa majestad y responsable de otros delitos graves. Reconocido por vuestros servicios he procurado informarme bien.

Recibiréis la visita de veinte cirujanos quienes os practicarán la operación con unas saetas de punta muy afilada que os introducirán en las pupilas estando vos acostado en el suelo. Esto es todo. Vos sabréis la determinación que os conviene adoptar. Y ahora me voy a retirar con la misma reserva con que he venido, para evitar sospechas.

Y el ministro se fué, dejándome sumido en un mar de inquietudes. Era costumbre establecida que, después que la corte había resuelto un suplicio, el Emperador hablara en pleno Consejo acer-



*Tras no pocos
esfuerzos...*

ca de su clemencia. Se publicaron en todo el reino los discursos de mi causa, pero nada horrorizó tanto al pueblo como los elogios de la clemencia del Emperador, porque sabían todos por experiencia que cuanto más se ponderaría ésta, más injusto y cruel era el suplicio.

Estuve tentado de oponer resistencia a la resolución imperial, pues no se me ocultaba que, estando en libertad, todas las fuerzas del imperio juntas no podían igualárseme. Con la mayor facilidad hubiera podido destruir la capital a cascotazos. Sin embargo, deseché este pensamiento con horror, recordando el juramento prestado al Emperador, los favores de que había sido objeto y la alta dignidad de nardac que se me había conferido.

Finalmente, adopté una resolución, que, a juzgar por las apariencias, puede ser censurada

Arrebatado por el ardor de la juventud y en el deseo de conservar los ojos, la libertad y la vida a pesar de las órdenes de la corte, como estaba autorizado por el Emperador para presentarme al rey de Blefuscu, escribí a mi amigo el ministro antes de expirar el plazo de tres días dándole cuenta de mi determinación de partir inmediatamente para el país vecino, y sin esperar respuesta, me dirigí hacia la costa en el lugar donde estaba la flota. Me apoderé del más poderoso barco de guerra, até un cable a la proa y, después de haber puesto en la nave mi calzado, levé anclas y, unas veces vadeando y otras nadando, fuí tirando hasta el puerto de Blefuscu, donde el pueblo me estaba esperando con entusiasmo. Destinaron dos guías para conducirme a la ciudad; los llevé en mis manos hasta llegar cerca de las puertas de la muralla, y allí los dejé en el suelo para que fuesen a comunicar mi arribo a uno de los secretarios de estado, mientras yo quedaba aguardando las órdenes del soberano.

Transcurrida una hora recibí la respuesta. El emperador, con toda la corte, salía a recibirme. Avancé entonces algo más hasta encontrarlos. El soberano y su comitiva descendieron de sus caballos y la emperatriz y sus damas dejaron los coches sin expresar temor alguno por mi presencia.

No fastidiaré al lector con los detalles de mi recibimiento en la corte. Fué cual correspondía a la generosidad de un príncipe tan poderoso. Tampoco describiré las incomodidades sufridas por falta de lecho y alojamiento, viéndome obligado a acostarme en el suelo, envuelto en una cobija que por fortuna había llevado conmigo.

Preparando la partida

Tres días después de mi llegada a Blefuscu, mientras me paseaba por la costa, descubrí a una media legua, en el mar, algo que me pareció un buque abandonado. Me quité en seguida los zapatos y las medias y después de andar un trecho por el agua advertí que el objeto se iba acercando impulsado por la marea. Entonces pude distinguir que se trataba de una chalupa con la quilla al sol, que, según imaginé, se habría separado del barco del cual pertenecía, durante una borrasca.

Regresé en seguida a la ciudad y pedí al Empe-

*La flota se
hizo a la
mar...*



rador veinte buques de los más poderosos y tres mil marineros a las órdenes del vicealmirante.

El soberano accedió, y la flota se hizo a la mar, mientras yo volvía por el camino más corto a la costa desde la cual había visto la chalupa. Me encontré con que la marea la había dejado mucho más cerca de la orilla. Cuando los navíos me alcanzaron, me desnudé del todo y me arrojé al agua. Antes de llegar al barco abandonado tuve que nadar para conseguir tocarle. Los marineros me tiraron un cable con el cual pude sujetarlo por un orificio de la proa y aseguré el otro extremo a una nave de guerra. Nadando detrás de la chalupa la iba empujando con la mano, ayudándome la marea a llevarla tan cerca de la ribera que al fin pude tocar tierra y seguir con el agua al cuello. Descansé tres o cuatro minutos, y reanudando mi trabajo hasta donde el agua no estaba ya más alta que mis axilas, di por vencida la mayor dificultad. La amarré con otros cables que llevaba a prevención en otro de los barcos, y tirando de ellos nueve navíos de los más poderosos, con el favor del viento y de los marineros, me arreglé de manera que la aproximamos casi sobre la playa. Habiéndose retirado el mar, logré ganar la chalupa a pie, y valiéndome entonces de cuerdas, de máquinas y de un refuerzo de dos mil hombres, no cejé hasta darla vuelta en posición normal, advirtiéndome que eran escasos los desperfectos que había sufrido.

Diez días fueron necesarios para hacerla entrar en el puerto de la capital de Blefescu. Acudió un gran número de personas que se manifestaron asombradas de ver un navío tan grande. Le

Quinientos obreros co-
rrieron con la confec-
ción de las velas.



dije al Emperador que la fortuna me había proporcionado aquella nave para poder trasladarme a otro puerto y desde allí regresar a mi patria, si Su Majestad se dignaba dar las órdenes correspondientes para ponerla en condiciones y me permitía salir de su imperio. Tras no pocos esfuerzos, obtuve este gran favor del soberano.

Entonces ordenó que cargaran mi chalupa con cien bueyes, trescientas ovejas, pan, bebidas de distintas clases y una buena cantidad de carne en fiambre, para preparar la cual estuvieron trabajando cuatrocientos cocineros durante un mes y medio.

También embarqué seis vacas y dos toros, todos vivos, así como varias ovejas y carneros. No me olvidé tampoco de cargar buena cantidad de fardos de pasto seco y muchas bolsas de trigo.

Estuve tentado de llevarme una media docena de habitantes del país, cosa que no me hubiera resultado difícil, pues todos me querían, y me hubieran seguido a ojos cerrados; pero el rey no

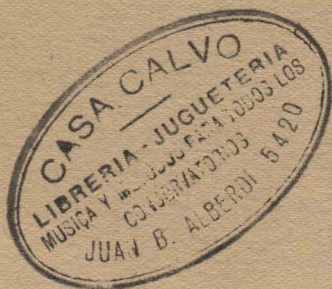
concedió el permiso correspondiente. Y al enterarse de mi intención, después de un prolijo registro de mis bolsillos, me obligó a jurar que no iba a llevar a ninguno de sus vasallos, aunque éstos me lo pidieran.

Quinientos obreros corrieron con la confección de las velas.

Dispuesto todo lo necesario, me hice a la vela el 24 de setiembre de 1701, a las 10 de la mañana.



FIN



EDITORIAL
TOR

